



Entrevista a Richard Overy

Profesor de la Universidad de Exeter*

Richard Overy es profesor de Historia en la Universidad de Exeter y autor de más de veinticinco libros sobre el período de las Guerras Mundiales y la Europa de las dictaduras, entre los que se encuentra *The Bombing War: Europe 1939-1945*. El profesor Overy es, además, miembro de la Academia Británica.

La fuerza aérea se ha usado en los conflictos armados desde la Primera Guerra Mundial. Los aviones han servido de apoyo al ejército en tierra y a la armada en el mar. Sin embargo, el siglo XX, con el advenimiento de las Guerras Mundiales, también trajo el bombardeo de ciudades, algo fuera del uso tradicional de la fuerza aérea. Durante la Segunda Guerra Mundial, como parte de la ideología de la “guerra total”, las ciudades se convirtieron en blancos de esos ataques, con el objetivo de desmoralizar a la población civil y “ganar la guerra”. Hoy en día, aunque el bombardeo deliberado de ciudades enteras está prohibido, aún se cree que el bombardeo aéreo puede traer un rédito político a los beligerantes. En esta entrevista, Richard Overy brinda una perspectiva histórica sobre la evolución del bombardeo aéreo desde las Guerras Mundiales y pone en contexto el uso de la fuerza aérea en los conflictos armados contemporáneos.

Palabras clave: las Guerras Mundiales, guerra total, bombardeos aéreos, bombardeo de ciudades.

* Esta entrevista fue realizada en Londres, el 2 de diciembre de 2015, por Vincent Bernard, redactor jefe de la *International Review of the Red Cross*; Mariya Nikolova, editora de la *International Review*; y Markus Geisser, asesor de políticas y asuntos humanitarios del CICR, Londres.

En algún momento entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, bombardear ciudades o a la población civil se volvió “aceptable”. ¿Cómo es que las partes en conflicto pasaron a considerar los bombardeos como una práctica razonable desde el punto de vista militar?

Entre las dos guerras, se consideraba en general que los bombardeos no eran aceptables. Sin embargo, los Estados habían empezado a utilizar tales prácticas ya a partir de la Primera Guerra Mundial: los alemanes habían bombardeado ciudades británicas y París en 1917-1918, la Real Fuerza Aérea británica había empezado a bombardear las ciudades alemanas en 1918. La idea era que la guerra total entre dos grandes potencias requería la movilización de todos los recursos de la sociedad. Por lo tanto, era justificable atacar a los miembros de la sociedad enemiga que hacían que la guerra fuera posible, como las personas que tenían trabajos relacionados con la guerra, los trabajadores del transporte, etc.

El otro elemento de entreguerras fue la decisión de usar la fuerza aérea como agente policial de los imperios. Los británicos y los franceses emplearon la fuerza aérea porque era una opción económica y fácil, que les permitía bombardear a las poblaciones tribales y a los insurgentes dentro del imperio, los que eran vistos como “semicivilizados” y, en consecuencia, quedaban fuera de la ley que se aplicaba a las personas “civilizadas”. De hecho, el manual de la Real Fuerza Aérea británica describe este tipo de acciones como operaciones contra poblaciones semicivilizadas. Entonces, en aquel tiempo, se pensaba que no era necesario obedecer el derecho internacional al bombardear poblaciones dentro del imperio.

Y es interesante observar, creo yo, que este concepto de policía imperial se traslada después a Europa. Si un Estado quería lograr un objetivo político y desmoralizar al enemigo, el bombardeo era una buena opción para alcanzarlo. Creo que esto llevó a la idea, durante la Segunda Guerra Mundial, de que si se bombardeaba una ciudad enemiga, se debilitaría la moral de la población y la ciudad terminaría capitulando, es decir, se obtendría así un rédito político.

¿Los bombardeos iniciales durante la Primera Guerra Mundial lograron, efectivamente, desmoralizar a la población?

Al final de la Primera Guerra Mundial, las fuerzas aéreas que habían combatido principalmente como apoyo de los ejércitos terrestres estaban mayormente en el bando derrotado. En el bando ganador, los británicos y los estadounidenses llegaron a la conclusión de que la moral de la población civil enemiga era un objetivo legítimo y de que, efectivamente, la moral se había visto afectada por los bombardeos. Creo que esta visión era exagerada, si consideramos los escasos bombardeos que se produjeron durante la Primera Guerra Mundial, unos pocos cientos de toneladas. De todos modos, esta idea se volvió indiscutible en la estrategia inglesa, con la máxima que reza que el impacto psicológico del bombardeo es siempre diez veces mayor que el impacto material.

La misma idea circulaba en las décadas de 1920 y 1930, cuando los británicos reflexionaban acerca de la posibilidad de recurrir a los bombardeos en las futuras guerras. Se creía que era posible socavar la voluntad del enemigo desde

el aire, derrotarlo bombardeando sus ciudades y obligarlo a entablar negociaciones de paz. Se argumentaba que, en definitiva, este era un modo más *humano* de hacer la guerra que el de la Primera Guerra Mundial.

¿Ve alguna continuidad en la historia sobre el modo en que se ha reflexionado acerca del objetivo final de los bombardeos?

Bueno, yo creo que existen dos concepciones a lo largo del siglo XX. La primera es la idea de la cooperación entre las fuerzas armadas: la fuerza aérea ayudando al ejército y a la armada a ganar batallas. Durante el siglo XX, destacados especialistas han pensado que esta es la mejor manera de usar la fuerza aérea: como apoyo de las fuerzas terrestres o como apoyo de la armada. La otra idea que circula a lo largo de ese siglo es que la población civil no puede resistir mucho tiempo los bombardeos, de modo que, si se lo bombardea “lo suficiente”, el enemigo terminará por rendirse.

La Segunda Guerra Mundial es un ejemplo de esto, pero Vietnam es un ejemplo aún mejor. Cabe señalar que los estadounidenses lanzaron más bombas en Vietnam que durante la Segunda Guerra Mundial, con la idea de que si continuaban arrojando bombas y napalm, evitarían, de algún modo, que Vietnam del Norte se apoderara de Vietnam del Sur o incluso de que provocarían el derrumbe de Vietnam del Norte y abrirían una opción “democrática” para el país. Pero no funcionó, y Vietnam se convirtió en un Estado comunista. De todos los ejemplos del siglo XX, creo que este es el más impactante. Se arrojaron enormes cantidades de bombas sobre una sociedad que estaba en desarrollo, con la expectativa de que así se lograría alguna suerte de rédito político. Pero, al final, los dividendos fueron para el enemigo.

Uno puede ver esta línea de pensamiento —la idea de que el mero hecho de bombardear redundará en algún tipo de rédito político— en todos los conflictos de los últimos treinta o cuarenta años. Y sin embargo, una y otra vez, el rédito no aparece. Irak fue bombardeado y terminó teniendo diez años de levantamientos y guerra civil. Libia fue bombardeada y su situación actual es exactamente opuesta a la que Occidente quería. Hace ya varios meses que se está bombardeando al Estado Islámico y la organización no se ha rendido; todo lo contrario, se vuelve cada vez más poderosa y los bombardeos continúan. Y no solo eso, el bombardeo de Siria simplemente alimenta el deseo del Estado Islámico de vengarse de los países occidentales, y así el terror se vuelve probable, más que posible.

Estas dos ideas han competido a lo largo del siglo XX. El único ejemplo reciente que puedo encontrar en donde se utilizó la fuerza aérea exclusivamente en su papel militar —en apoyo del ejército y la armada— fue durante la guerra de las islas Falkland/Malvinas. Ese fue un uso clásico y tradicional de la fuerza aérea. Su empleo fue más bien limitado, pero extremadamente útil para ganar esa campaña militar. Para mí, ese es un ejemplo clásico de cómo usar la fuerza aérea de un modo inteligente para alcanzar un resultado militar. Sin embargo, durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo, hemos visto un mal uso de la fuerza aérea y de su personal y observado la muerte de civiles, mientras que los resultados obtenidos no fueron los que las potencias esperaban alcanzar con los bombardeos.

En su trabajo, usted establece una distinción entre, por un lado, el uso tradicional o táctico de la fuerza aérea y, por otro, la expresión de “guerra total”, que implica el bombardeo de la población civil. ¿Podría desarrollar más cuál es la relación entre estos dos casos?

La distinción entre el uso táctico y el uso estratégico del poder aéreo es más bien artificial. Se estableció en las décadas de 1930 y 1940, cuando se empezó a pensar en cómo se podía distinguir el apoyo al ejército en tierra y a la armada en el mar de las operaciones de bombardeo independientes. La idea era que las operaciones de bombardeo independientes concordaban mucho mejor con la imagen de guerra total, porque se consideraba que todos los civiles contribuían con el esfuerzo de guerra, como simples trabajadores, empleados del transporte, marinos, etc. Por lo tanto, era perfectamente legítimo tomarlos como blanco.

Los británicos defendían esta idea en los años 1930. Los oficiales de la Real Fuerza Aérea británica, que sabían perfectamente que los bombardeos deliberados contra la población violaban el derecho internacional, estaban a favor de este método. Para ellos, la guerra total era la guerra total: les daba a los Estados una especie de “tranquilizante moral”, gracias al cual no tenían que preocuparse por la moral convencional, puesto que el imperativo de la guerra total hacía que los bombardeos fueran necesarios y, por lo tanto, legítimos.

Uno hubiera pensado que la Alemania de Hitler compartiría en gran parte la misma idea de guerra total. Sin embargo, las fuerzas armadas alemanas se formaron en una tradición diferente. Se las formó con la idea de que el único papel de las fuerzas armadas era derrotar a las fuerzas armadas del enemigo. De modo que, según esta concepción, el único objetivo de la fuerza aérea era derrotar a la fuerza aérea del enemigo. La fuerza aérea alemana tuvo mucha reticencia a la hora de bombardear ciudades, pues esa no era la razón para la que se los había entrenado y no lo consideraban estratégicamente útil. Es un hecho que no creían que el bombardeo de civiles fuera ni legítimo ni efectivo. Durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial, y con la excepción de los Blitz contra Gran Bretaña, la fuerza aérea alemana hizo de apoyo del ejército y, muy rara vez, de la armada. Esa era la manera en que veían el papel de la fuerza aérea.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los británicos y los estadounidenses bombardearon ciudades sabiendo muy bien que habría víctimas civiles. La Real Fuerza Aérea bombardeó deliberadamente a la población civil; fue la única fuerza aérea que actuó de ese modo. Pero, en realidad, los ejemplos más exitosos de poder aéreo aliado durante la Segunda Guerra Mundial se dieron en apoyo del ejército y la armada (por ejemplo, en África del Norte e Italia): operaciones combinadas y operaciones anfibas, o también la invasión de Normandía y el apoyo de las tropas terrestres en su avance a través de Europa hacia Alemania.

La táctica aérea se volvió muy sofisticada durante la Segunda Guerra Mundial y se ha vuelto aún más sofisticada durante los siguientes setenta años. Me parece que, en efecto, la táctica aérea es la razón de ser de la fuerza aérea: su propósito es alcanzar un resultado militar, en general, en combinación con las otras fuerzas armadas. La Segunda Guerra de Irak en 2003 fue un ejemplo clásico del

despliegue combinado de poder naval, poder aéreo y poder terrestre para alcanzar un objetivo militar.

Durante el último siglo, ha reinado en la fuerza aérea cierta idea de que esta es capaz de lograr resultados que las otras fuerzas no pueden lograr, de que tiene una estrategia que es únicamente suya y de que para demostrar cuán diferente es esa estrategia, hay que encontrar un tipo de blanco diferente. Estos blancos han producido casi siempre bajas en la población civil. Y durante la mayor parte del siglo XX, efectivamente, ese fue el caso. Las bajas en la población civil fueron enormes durante la Segunda Guerra Mundial y muy importantes durante la guerra de Corea y la guerra de Vietnam.

¿Cómo cambió esta realidad a lo largo del tiempo?

Hoy, por supuesto, los Estados no pueden hacer lo que quieren. Actualmente, tienen mucho cuidado y se ponen muy nerviosos cada vez que hay bajas civiles, porque nuestras sensibilidades han cambiado; no las militares, sino las públicas. Es interesante el cambio que se ha dado en los últimos setenta años respecto de la percepción de los bombardeos. Durante la Segunda Guerra Mundial, la gente no pensaba: “Con este bombardeo buscan aterrorizarnos” o “Esto es ilegal, ¿por qué lo hacen?”. Pensaban, más bien: “Esto es la guerra total, esto es lo que tiene que pasar, y en realidad no es tan terrible como pensábamos, podemos sobrevivir a esto”. Esa era la realidad en ambos bandos. En Alemania, se entendía que durante una guerra total podían producirse bombardeos; algunos alemanes llegaron a pensar, incluso, que merecían ser bombardeados, que en cierto sentido era un castigo por sus ataques y su antisemitismo.

Sin embargo, setenta años más tarde, tenemos un alto grado de conciencia pública sobre los bombardeos. Estos son muy visibles y cada vez que hay grandes bajas civiles se produce un clamor internacional, una protesta, etc. Todos los países que hoy pueden llevar a cabo un ataque aéreo saben que están expuestos a la opinión pública internacional y que tienen que ser muy cuidadosos con lo que hacen y con el blanco que atacan. Los Estados son muy conscientes de las consecuencias políticas de un ataque indiscriminado. Y esto se debe a que ya no se piensa la guerra en términos de guerra total, hoy no nos podemos imaginar llevando adelante una guerra de este tipo.

Volviendo a los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, ¿usted cree que los ataques aéreos de los aliados sobre los territorios alemanes difieren de aquellos llevados a cabo sobre territorios amigos u ocupados? ¿Fue diferente el nivel de precisión de esos bombardeos?

Cuando hablamos de la precisión de los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, estamos hablando de un concepto relativo. Cuando los británicos bombardeaban ciudades alemanas, “precisión” significaba concentrar la mayor cantidad posible de bombas en el centro de la ciudad. La Real Fuerza Aérea británica se decepcionaba cuando las bombas caían en zonas rurales, lo que sucedía con frecuencia. De modo que “precisión” podía ser un término muy flexible. Pero

cuando se bombardeaban blancos en Francia, Holanda o Bélgica, las tripulaciones recibían órdenes diferentes: debían usar menos bombas incendiarias, por ejemplo, porque no querían causar grandes incendios. Había muchos más bombardeos de baja intensidad. De hecho, algunos ataques se llevaron a cabo con aviones Mosquito, que tenían un nivel de precisión mucho más alto que otros aviones. Aun así, los bombardeos contra objetivos amigos de la Real Fuerza Aérea británica y la fuerza aérea de Estados Unidos mataron a muchísimos civiles —60.000 en Francia, tantos como en Gran Bretaña— y esto fue visto como una necesidad de la guerra; si querían expulsar a los alemanes de Francia, la población francesa tendría que pagar el precio.

Lo triste es que, en muchos casos, se podría haber conseguido el mismo resultado por medio del uso táctico del poder aéreo: cazabombarderos y otras armas con mayor nivel de precisión. O también, los británicos y los estadounidenses podrían haber utilizado mucho más las fuerzas terrestres. En Francia, probablemente los ejemplos más terribles de bombardeos excesivos o imprecisos fueron los ataques a Royan, cerca de Burdeos, hacia el final de la guerra, donde arrojaron más de 4.000 toneladas de bombas sobre un pueblo diminuto. Este ataque fue mayor que cualquier otro ataque contra posiciones británicas durante el Blitz. Destruyó el 90% del pueblo. Un periodista escribió que no quedó en pie ni una sola brizna de hierba. Y todo porque un campamento alemán cercano no se había rendido. Esta acción fue completamente desproporcionada y fue un gran error de juicio de los aliados. Fue una clara violación de todas las restricciones que se habían tratado de imponer a sí mismos a la hora de bombardear poblaciones amigas. El problema es que, cuando tienes la tecnología, cuando tienes prisa por terminar con la guerra, cuando la población de tu país está cansada de la guerra, lo más fácil es recurrir a los bombarderos.

Actualmente, aún se libran conflictos armados en las ciudades. Lo hemos visto en Siria, Yemen, Afganistán. Comparados con los ejemplos de la Segunda Guerra Mundial que usted ha mencionado, ¿cómo describiría el impacto de los bombardeos en las ciudades en la actualidad?

Bueno, la Segunda Guerra Mundial es un fenómeno completamente diferente. En realidad, estamos hablando de miles de aviones lanzando cientos de miles de toneladas de bombas, de gran impacto o incendiarias, sobre las ciudades. Nada parecido a eso ha vuelto a suceder desde entonces. Casi un millón de personas murieron a causa de los bombardeos estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial. Solo esa cifra ya da una idea de la escala.

Creo que, en los años 1930, todo el mundo pensaba que si se bombardeaba lo suficiente una ciudad, esta terminaría colapsando, que todos la abandonarían, que habría una hambruna terrible, enfermedades y todas esas cosas; y que la guerra acabaría pronto. Se tenía una idea muy fantasiosa de la ciudad, pero en realidad, las ciudades probaron tener muchísima resistencia. Incluso en casos en los que hubo bombardeos intensos y persistentes —el bombardeo de Berlín o el bombardeo de Chongqing, en China, por los japoneses—, las ciudades no se derrumbaron

por completo. Y hay buenas razones que explican este hecho; en parte porque, al final, es difícil destruir una ciudad entera. Un buen ejemplo es Colonia, que fue bombardeada más de 250 veces. Al comienzo de la guerra, vivían allí 450.000 personas. Al final, todavía quedaban 45.000, muchas de ellas viviendo en bodegas o sótanos. No obstante, los trabajos de producción continuaron durante todo ese tiempo en las zonas industriales alrededor de Colonia.

La pregunta que se hacían en aquella época era “¿cómo se mata una ciudad?”. La Real Fuerza Aérea británica, en especial, estaba interesada en esta idea, a pesar de que al final de la guerra sintieran que no lo habían logrado. Lo terrible de esto, por supuesto, es que no solo se pensara en dañar una zona urbana, sino también en matar a civiles para desmoralizar a los sobrevivientes. Los civiles se convirtieron en un blanco de ataque deliberado, con la idea de que así se reduciría la cantidad de obreros disponibles, de que la productividad de las fábricas se derrumbaría debido a que los obreros no irían a trabajar, etc. Pero, en realidad, sucedió todo lo contrario. La producción bélica alemana aumentó durante los años de conflicto.

¿Esta idea de “matar una ciudad” puede servir para entender los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki? ¿Cree usted que ese era el objetivo?

Estos dos ataques atómicos fueron diferentes, porque fueron experimentales. Se eligieron dos ciudades que aún no habían sido bombardeadas. La intención era ver qué daño les producirían las bombas. Por supuesto que las bombas causaron una terrible destrucción urbana, pero también dejaron las ciudades contaminadas por la radiación, a fin de que no pudieran funcionar normalmente luego de los ataques. La idea era que si la guerra no hubiera terminado en Europa, se habría arrojado la bomba atómica en las ciudades alemanas, y eso habría “matado” esas ciudades, por supuesto. Ahora bien, si los estadounidenses o los británicos hubieran autorizado esos bombardeos, eso ya es otra cuestión, y es muy difícil decirlo a ciencia cierta.

Más tarde, a fines de los años 1950, el Ministerio de Defensa británico creó un comité especial llamado comité JIGSAW, al que se le pidió que volviera a examinar esta cuestión: “¿Cómo se hace para matar una ciudad?”. Una de sus tareas era determinar cuántas bombas atómicas había que arrojar para conseguir ese resultado. El modelo que usaron, en particular, fue el de los bombardeos de Hamburgo, porque este modelo les permitía estudiar en qué medida los ataques habían logrado impedir el normal funcionamiento de la ciudad. Hamburgo nunca colapsó, por supuesto, continuó produciendo bienes, los obreros siguieron trabajando y los habitantes volvieron poco a poco a la ciudad, a pesar de los bombardeos. De modo que la tarea del comité era calcular cuántas bombas atómicas habría sido necesario arrojar sobre Hamburgo para estar seguros de que la ciudad había sido efectivamente aniquilada.

Es de suponer que en los años 1960, Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética contaban con arsenales nucleares lo suficientemente grandes para lograr la destrucción completa de todas las áreas urbanas del enemigo. Pero eso nunca sucedió. En definitiva, las armas nucleares no modificaron la naturaleza de la guerra. Al contrario, lo que sucedió fue que la amenaza misma de estas armas

hizo inimaginable su uso por parte de Estados Unidos o la Unión Soviética en una guerra entre ellos o sus aliados.

Pero la existencia de armas nucleares también desplazó el foco de atención hacia diferentes formas de guerra convencional. Durante la Guerra Fría, vimos interminables guerras civiles, levantamientos, “pequeños” conflictos fronterizos, guerras asimétricas de diferentes tipos, etc. La naturaleza de la guerra efectivamente cambió, pero no cambió de la forma que se había esperado. La Guerra Fría produjo un punto muerto entre las grandes potencias, pero los conflictos más pequeños, en los que se usaban armas convencionales y que no tenían un gran riesgo de escalar, continuaron por todo el planeta.

Hablando de la resiliencia de las poblaciones civiles durante los bombardeos, ¿podría darnos algunos ejemplos de cómo la gente hizo frente a los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial? ¿Cómo se adaptaron a la realidad cotidiana de los ataques y a la disrupción de la vida normal?

Si queremos explicar la resiliencia de las ciudades, particularmente durante la Segunda Guerra Mundial, tenemos que considerar dos cosas. En primer lugar, los Estados reconocían que tenían que brindar los recursos para que las ciudades siguieran funcionando, por lo tanto, necesitaban establecer sistemas adecuados de cuidados, de primeros auxilios, de provisión de alimentos y agua potable, etc. La prioridad era asegurarse de que podían extraer estos recursos de zonas que no habían sido bombardeadas y centrar su atención en la ciudad que sí lo había sido. Este sistema estaba muy avanzado en Gran Bretaña y Alemania, países que sufrieron bombardeos durante toda la guerra.

En segundo lugar, los ciudadanos europeos probaron ser muy capaces para organizarse y disciplinarse. No solo el Estado asumió la responsabilidad, los ciudadanos mismos se ofrecieron en gran número como voluntarios para formar parte de las organizaciones de defensa civil. Las poblaciones locales hicieron todo lo que estaba a su alcance para ayudar a que hubiera la menor cantidad posible de bajas.

De modo que esa resiliencia se debe, en parte, a las iniciativas estatales, pero también, en gran medida, a la capacidad de las poblaciones modernas de ayudarse a sí mismas. Y creo que este es un hecho que no suele tenerse en cuenta cuando se habla de la Segunda Guerra Mundial. Es posible ver otros ejemplos históricos del mismo fenómeno más tarde: el bombardeo constante contra Sarajevo, por ejemplo. Esta es la razón por la cual Sarajevo sobrevivió, a pesar de todo.

Cuando se trata de explicar la resiliencia de las poblaciones, también hay que mencionar una gran necesidad psicológica por volver, de alguna forma, a la normalidad, luego de episodios de violencia o desastre. En el caso de Alemania o Gran Bretaña, la gente regresaba a casas que habían quedado severamente dañadas para vivir en la bodega o el sótano; *querían* vivir en un lugar que conocieran. Sin embargo, este comportamiento variaba de un lugar a otro, incluso durante la Segunda Guerra Mundial: zonas en las que había un débil sentido de comunidad o zonas en las que, al contrario, había lazos entre la población urbana y la población

rural que permitían a los habitantes de la ciudad esconderse fácilmente en el campo. Sucedió en Japón, donde la respuesta de la población japonesa durante los ataques del verano de 1945 fue desplazarse a áreas rurales: ocho o nueve millones de personas abandonaron las ciudades y se establecieron en el campo. También sucedió en Italia: cuando empezaron los bombardeos, la gente huyó de las ciudades y se estableció en el campo, porque todavía existían fuertes lazos entre la población rural y la población urbana. Mientras que en Alemania y Gran Bretaña no fue así, porque sus sociedades estaban muy urbanizadas, de modo que la gente se quedó, porque veían la ciudad como su lugar, el lugar que debían proteger.

Por último, cuando hablamos de resiliencia en el plano de la geografía económica, es importante señalar que la guerra causó un impacto mucho menor en las ciudades alemanas, por ejemplo, de lo que uno imaginaría, considerando el nivel de destrucción al que fueron sometidas. Los estudios sobre las ciudades alemanas que más sufrieron los bombardeos demuestran que, a pesar de los importantes daños materiales —quizá la destrucción del 40% o 50% de la zona urbana—, el regreso de la población y el restablecimiento de los niveles de producción anteriores a la guerra se dio de forma muy rápida durante los años 1950 y 1960. Y eso es cierto para otros ejemplos también. El caso alemán es más extremo porque cerca de la mitad del área urbana había sido destruida, y sin embargo, para los años 1950 o 1960, estas ciudades ya eran otra vez ciudades que funcionaban con un gran nivel de producción. Esto fue también el resultado de los esfuerzos combinados entre las comunidades locales por restaurar o renovar un espacio urbano familiar y las prioridades que el gobierno estableció para la reconstrucción.

¿Cómo se veía la cuestión del “aniquilamiento” de una ciudad entera desde la perspectiva del derecho internacional en aquella época?

Cuando se habla del derecho internacional en los años 1930 en relación con los bombardeos, en general se hace referencia a las normas sobre la guerra aérea de La Haya establecidas en 1923. Este documento no estaba ratificado formalmente por los Estados involucrados, pero usualmente se consideraba que tenía la fuerza del derecho internacional. Por lo general, tanto en Gran Bretaña como en Alemania, se estaba de acuerdo con que bombardear a la población civil desde el aire era una violación del derecho internacional.

El problema vino con la Segunda Guerra Mundial. Cuando los británicos tomaron la decisión de recurrir a los bombardeos, las preocupaciones jurídicas se dejaron de lado. La justificación era que los alemanes eran tan terribles —habían violado tantos acuerdos internacionales— que el derecho internacional no contaba a la hora de atacarlos; por lo tanto, la muerte de civiles alemanes durante los bombardeos no se consideraba algo ilegítimo. Es muy interesante señalar qué nombre se usaba para referirse a los alemanes en el lado británico: se los llamaba “bárbaros”. Yo no creo que esta palabra fuera azarosa, había sido elegida para generar la idea de que los alemanes eran unos bárbaros y, por ende, estaban fuera de la ley, al igual que las llamadas poblaciones “semicivilizadas” del imperio. Y ese tipo de narrativa se usó durante todo el curso de la guerra.

Desde el punto de vista alemán, ellos pensaban que habían sido bombardeados primero —y efectivamente había sido así— por la Real Fuerza Aérea británica y que los bombardeos —que ellos realizaron sistemáticamente desde septiembre de 1940 hasta mayo de 1941— habían sido una respuesta a esos ataques; y, por lo tanto, estaban permitidos por el derecho internacional. De hecho, casi todos los bombardeos alemanes contra Gran Bretaña —los Blitz, los Blitz Baedeker, los V1 y V2— fueron pensados como respuesta a los bombardeos llevados a cabo por los británicos.

Creo que la conveniencia moral llevó a pensar a la mayoría que los ataques aéreos quedaban, de cierto modo, *fuera* del derecho internacional convencional. Más tarde, durante la Guerra Fría, también se pensó que las armas nucleares estaban, de cierta forma, fuera del derecho internacional. En 1977, Estados Unidos y Gran Bretaña se comprometieron a firmar los Protocolos adicionales [a los Convenios de Ginebra], elaborados para prohibir el bombardeo de civiles, a condición de que las armas nucleares quedaran excluidas de sus cláusulas. Por supuesto, esto era absurdo, porque significaba que el arma más poderosa a disposición de la humanidad era la única que no se podía controlar.

Uno podría decir que la justicia internacional, luego de la Segunda Guerra Mundial, tampoco se interesó por los bombardeos aéreos. Los juicios de Núremberg y de Tokio nunca trataron el tema. ¿Cuáles cree usted que fueron los factores que contribuyeron a eso?

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la situación era interesante, porque tanto los británicos como los estadounidenses pensaban añadir los bombardeos a las acusaciones contra los mayores criminales de guerra alemanes. Sin embargo, el Ministerio de Relaciones Exteriores británico rápidamente entendió que no podía hacer eso, porque entonces los alemanes hubieran podido alegar ante los tribunales que los británicos y los estadounidenses habían hecho exactamente lo mismo. Así que decidieron que era mejor dejarlos fuera de la acusación.

Por supuesto, había un consenso sobre el hecho de que los bombardeos estaban fuera de la ley. Y ciertamente los Convenios de Ginebra de 1949 y la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de la ONU suponían un reconocimiento de que mucho de lo que había ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial había sido una clara violación del derecho internacional. Pero como se pensaba que los ataques aéreos habían sido necesarios para lograr la victoria aliada, cualquier ambigüedad moral con respecto a este tema fue acallada. Cuando se cuestionó la moralidad de estas acciones, la respuesta fue siempre que, durante la guerra, no habían existido requerimientos formales dentro del derecho internacional que prohibieran los bombardeos contra objetivos no militares.

Durante la Segunda Guerra Mundial, se bombardearon escuelas, iglesias, hospitales, etc. Hoy en día, aún escuchamos que se producen bombardeos contra poblaciones civiles en distintos lugares del mundo. El reciente bombardeo del hospital de Kunduz, en Afganistán, causó una gran conmoción internacional. ¿Cómo ha cambiado a lo largo de este siglo nuestra visión de lo que está permitido durante una guerra?

Incluso durante la Segunda Guerra Mundial, el bombardeo de escuelas, iglesias y hospitales generaba protestas más fuertes que el simple bombardeo de puertos o industrias. Sin embargo, como los bombardeos eran tan poco precisos, no había forma de evitar impactar contra iglesias, hospitales y otros edificios civiles. Y esto sucedió en ambos bandos. Otra vez, la justificación racional que se usaba era la de la guerra total: el enemigo no tiene la menor moralidad ni los menores escrúpulos. Así que ningún bando se sorprendía si escuelas u hospitales eran bombardeados, aunque en realidad los ataques a estos edificios fueran más un fruto de la casualidad que algo pensado.

En la actualidad, cada vez que se impacta contra una escuela o un hospital, ya sea en Palestina, en Afganistán o en cualquier otro lado, nos escandalizamos justamente por lo sucedido; en primer lugar, porque el paradigma de la guerra total ya no forma parte de nuestro sistema de referencias y, en segundo lugar, porque se supone que las “armas inteligentes” actuales fueron desarrolladas precisamente para evitar causar daños a la población civil. Con justa razón, protestamos porque las necesidades militares no justifican una alta mortalidad de civiles. En los últimos setenta años, la sensibilidad popular con respecto a los bombardeos ha cambiado sustancialmente.

Viendo los enfrentamientos que tienen lugar hoy en día, ¿cree que algunas de las ideas acerca de la “guerra total” que eran pertinentes durante la Segunda Guerra Mundial aún están presentes en las guerras actuales?

Yo creo que hoy, si consideramos la lucha contra el Estado Islámico, por ejemplo, tenemos que prestar atención a las elecciones lingüísticas que se hacen. Podemos ver que tanto hoy como en el pasado hay un intento de pintar a estas personas como seres medievales, primitivos, bárbaros, de algún modo fuera de las convenciones que rigen los combates modernos. Esta idea puede justificar cualquier tipo de respuesta desmesurada. Hay un intento persistente a lo largo del siglo de usar un lenguaje abstracto para quitarle humanidad al enemigo y convertir al objetivo en una suerte de metáfora; se habla entonces de “el sistema nazi” o “la máquina de guerra alemana”.

Hubo un caso interesante durante la Segunda Guerra Mundial: el Ministerio del Aire británico había elaborado una directiva relativa al bombardeo de poblaciones industriales. El oficial del Estado Mayor que leyó el documento lo envió de vuelta diciendo: “No, no puede decir que estamos bombardeando poblaciones industriales; tiene que decir que estamos bombardeando centros industriales, porque ‘centro’ es un concepto abstracto, mientras que las poblaciones son personas”.

Podemos ver que, en los conflictos posteriores, la naturaleza del blanco militar o del objetivo se expresa en términos abstractos —políticos o militares—, pero nunca se habla de la matanza de personas de carne y hueso. Los comandantes de la Real Fuerza Aérea británica sabían lo que estaban haciendo y, en privado, estaban dispuestos a admitir que matar alemanes era uno de los objetivos principales; pero nunca se atrevieron a decirlo públicamente. La realidad estaba velada por un lenguaje abstracto que hablaba de “centros” y “sistemas”. Las personas encargadas de desarrollar la tecnología bélica, de diseñar las bombas incendiarias, las que probaron las bombas contra modelos de casas alemanas, también utilizaban un lenguaje increíblemente abstracto. Se trataba de un problema científico y de cómo resolverlo. No se reconocía explícitamente el hecho de que, cuando se bombardea una casa residencial, es muy probable que haya una persona adentro.

¿Se puede decir que los ataques aéreos deshumanizan al enemigo (o a las víctimas) debido a la ausencia de interacción cara a cara en los campos de batalla contemporáneos?

En algún sentido, sí. No se sabe quiénes son las víctimas o los civiles que pueden sufrir el ataque, entonces se habla de ataques aéreos “quirúrgicos”. Una vez más, el lenguaje es muy abstracto.

Pero creo que la conciencia pública acerca del costo de los bombardeos genera protestas constantes en Occidente. Y creo que esto es muy importante. Tomemos el caso del hospital recientemente bombardeado en Afganistán. Es muy importante que los medios de comunicación no duden en resaltar la cara humana de los ataques y sus consecuencias. Los medios tienen que hacerlo independientemente del gobierno, por supuesto. Recuerdo que durante el bombardeo de Bagdad, en el marco de la guerra de Irak, de 2003, había periodistas en el terreno que querían contar lo que realmente estaba pasando: la muerte de civiles, la magnitud de los daños, etc. Y había un gran debate en Gran Bretaña y Estados Unidos acerca de si esto era aceptable o no. Era un tema delicado: había que derrocar a Sadam Husein, y estos periodistas no estaban teniendo una actitud patriótica.

Es muy importante que haya personas en el terreno que estén dispuestas a decir: “En realidad, los bombardeos no son solo ataques aéreos quirúrgicos, no se trata nada más que de un informe sobre una operación militar; hay civiles muertos, y en estas fotos pueden verlos”. Es curiosa la poca frecuencia con que vemos fotos de personas reales asesinadas durante un ataque aéreo. Las imágenes de los muertos durante los bombardeos fueron censuradas durante la Segunda Guerra Mundial. Incluso hoy en día, cuando se ataca un objetivo civil y se producen víctimas, es muy raro ver a esas víctimas en la pantalla del televisor. Y, sin embargo, es muy importante darle a la guerra un rostro humano. Lo que era abstracto y remoto se vuelve real y terrible, algo que puede generar protestas.

A la luz de lo que hemos conversado hasta ahora, ¿qué piensa del uso de los drones? ¿Es una continuación de la idea de que el poder aéreo por sí solo puede hacer una gran contribución o tener un impacto único? ¿O hay otras ideas que los justifican?

Creo que los drones también forman parte de esta “fantasía” acerca de la naturaleza del poder aéreo, la idea de que con solo apretar un botón, ahora se puede destruir blancos que producirán un resultado político favorable para uno. Yo no creo que la guerra con drones vaya a producir resultados. Tal vez, la idea anticuada de que para alcanzar el objetivo es necesario, en última instancia, recurrir a las tropas terrestres sea válida en este contexto. El éxito en el derrocamiento de Sadam Husein en 2003 se debió a la decisión final de utilizar el ejército de tierra para alcanzar ese objetivo. Las consecuencias fueron desastrosas, por supuesto, pero el despliegue del poder aéreo en apoyo de las operaciones militares es legítimo, en primer lugar, en materia de derecho internacional y, en segundo lugar, tiene más probabilidades de producir resultados efectivos en términos militares, porque está dirigido contra las fuerzas armadas del enemigo en el campo de batalla y no, contra blancos indeterminados, como la moral o el sistema económico.

Otro problema de los drones es que con mucha frecuencia se destruye el blanco equivocado y mueren civiles. La evolución de las armas inteligentes es un hecho, pero estas armas son mucho más inteligentes cuando se usan contra vehículos enemigos o contra aeropuertos militares y no en zonas con grandes concentraciones de civiles.

En las recientes campañas de contrainsurgencia en Afganistán e Irak, pareció, por un momento, que los principales métodos elegidos fueron el de las “botas en el terreno” y el intento de ganarse el corazón y la mente de las poblaciones locales. ¿Es posible hablar hoy de un cambio en lo que respecta a alcanzar el dominio aéreo sin la necesidad de contar con fuerzas armadas convencionales en el terreno?

En lo que al siglo XXI se refiere, las operaciones en el terreno han sido, en su mayor parte, desastrosas. Han producido protestas políticas generalizadas, incertidumbre con respecto a los resultados y, por supuesto, en el caso de Irak, una insurgencia tenaz. Por esta razón, se cree que los ataques aéreos podrían resultar más económicos, que podrían garantizar un costo menor en términos de víctimas a las potencias y que si son lo suficientemente quirúrgicos, si pueden enfocarse únicamente en los objetivos clave, entonces una campaña de ataques aéreos podría producir algún tipo de rédito político.

Con los bombardeos actuales en el norte de Irak y Siria, uno tiene la sensación de que volvemos a los años 1920 —al Irak de los años 1920—, cuando la Real Fuerza Aérea empezó a experimentar con los ataques sobre áreas tribales donde había levantamientos. En aquel entonces, se usó la fuerza aérea porque era más económica y más fácil de organizar, pero también porque se creía que era más probable alcanzar el fin político perseguido por este medio. Y si hablamos de lecciones tomadas del pasado, acá se da una extraña simetría entre el desarrollo de

los ataques aéreos contra los primeros levantamientos en los años 1920 y el modo en que vemos los bombardeos contra los levantamientos actuales.

En el caso de Irak en los años 1920, los bombardeos parecen haber sido razonablemente exitosos, porque, en aquel tiempo, el poder aéreo era una novedad y las poblaciones atacadas les tenían pánico a los efectos de los bombardeos. Pero setenta, ochenta años más tarde, el Estado Islámico, por ejemplo, sabe qué esperar. Saben cómo hacer frente a los bombardeos, cómo dispersar sus fuerzas y cómo camuflar lo que están haciendo. Se trata de una organización militar no convencional, difícil de desmoralizar mediante el uso de la fuerza aérea. Pero ese es el punto en que nos encontramos: hemos vuelto a tratar de usar el poder aéreo de forma aislada para alcanzar un fin político.

Si tuviera que sintetizar, ¿cuáles fueron las grandes lecciones que hemos aprendido y cuáles son las lecciones que aún tenemos que aprender de la historia de los bombardeos?

Una clara lección de la Segunda Guerra Mundial es que el bombardeo deliberado contra la población civil con la esperanza de producir un colapso político, una crisis social y una decadencia económica ha probado no ser eficaz. Y demostró no ser eficaz muchas otras veces, en posteriores campañas de bombardeo. Llevó mucho tiempo hasta que el mensaje por fin fue comprendido.

Es interesante observar que, apenas terminó la Segunda Guerra Mundial, la Real Fuerza Aérea británica organizó una serie de programas de investigación para evaluar los efectos de los bombardeos. Se dieron cuenta de que no habían logrado producir en la economía los grandes daños que habían pronosticado y que la población no se había desmoralizado como habían previsto, es decir, que la campaña de ataques aéreos no había sido un éxito estratégico. Los estadounidenses, por su parte, que habían empezado la guerra insistiendo sobre los bombardeos de precisión en Europa y que la terminaron usando bombas incendiarias contra ciudades japonesas, decidieron que el último método era más eficaz y llevaron a cabo bombardeos intensos y relativamente indiscriminados contra zonas enemigas. Para la guerra de Corea, los estadounidenses ya habían adoptado la estrategia del bombardeo de saturación, como el de las ciudades japonesas, que utilizaron muchos años más tarde en Vietnam y Camboya.

La otra lección de la Segunda Guerra Mundial es que la táctica del poder aéreo resultó ser enormemente importante para explicar la victoria de un bando u otro. Los aviones tácticos multipropósito probaron ser la ola del futuro. Para los años 1960 y 1970, esa era la tecnología que las potencias aéreas preferían y para la cual concebían sus estrategias. Estados Unidos aún tenía el bombardero pesado, que seguía arrojando grandes cantidades de bombas sobre Vietnam, pero el cazabombardero multipropósito, que ya estaba emergiendo hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, se ha convertido desde entonces en el principal instrumento de combate para las fuerzas aéreas.

Por tanto, se han aprendido algunas lecciones y otras no. Las fuerzas aéreas que tenemos hoy son las que los comandantes de la Segunda Guerra

Mundial hubieran querido tener, pero aún no tenían. En aquella época, no existía la tecnología para hacer lo que los aviones pueden hacer hoy en día.

¿Cómo ve el futuro de la guerra?

Creo que, en las últimas décadas, dos cosas han ido de la mano: el desarrollo de tecnologías que permiten más ataques quirúrgicos y el desarrollo de la opinión pública internacional, que cada vez está más en contra de los ataques aéreos contra poblaciones civiles. Estos dos avances se refuerzan mutuamente.

Pero en lo que respecta al futuro, se deben considerar varios factores. Uno es que no sabemos cuál será la constelación de poderes dentro de cuarenta o cincuenta años. Si pensamos en el siglo XX, las constelaciones de poder cambiaron extremadamente rápido. Los cambios de poder en el futuro producirán tensiones políticas o conflictos, incluso verdaderos conflictos militares, que no podemos predecir. También creo que los historiadores no son buenos prediciendo. Lo único que podemos decir con total seguridad es que el siglo XXI no va a ser un siglo pacífico.

En cuanto a la tecnología, el problema es que la tecnología de avanzada que se necesita para contar con un poder aéreo moderno es muy costosa y cambia constantemente. Para ser realistas, solo unos pocos Estados tienen hoy la capacidad de costear el mantenimiento de esta tecnología, principalmente Estados Unidos. Si nuevos actores políticos entran en escena, es poco probable que puedan contar con recursos para financiar la tecnología o los programas de investigación y desarrollo que son necesarios para mantenerla.

Así que es posible que llegemos a un punto —una suerte de equilibrio— en el que sepamos qué es la tecnología y qué puede hacer, pero no podamos ir más allá de eso. En definitiva, se pondrá un mayor énfasis en tratar de alcanzar soluciones políticas, en tratar de usar la guerra psicológica (que ahora está tan de moda), en tratar de ejercer presión sobre los potenciales agresores, etc. Va a resultar extremadamente difícil afrontar guerras de alta tecnología en los próximos cuarenta o cincuenta años.

Paradójicamente, mientras existen serios problemas y costos para mantener una guerra de alta tecnología, la guerra asimétrica todavía puede librarse con un arsenal relativamente primitivo. Los fusiles Kalashnikov y las bombas caseras aún son eficaces en contextos en los que se recurre a un poder militar poco avanzado para lograr fines políticos. Así que creo que vamos hacia un punto muerto; de un lado tenemos a los principales actores estatales que sostienen fuerzas militares muy costosas que no pueden desplegar con facilidad, y del otro, se observa un aumento de los levantamientos y los ataques terroristas, que utilizan un nivel de tecnología relativamente primitivo.

¿En qué lugar se coloca la respuesta al terrorismo en su análisis acerca de la evolución de la guerra?

La mayor parte del terrorismo ha surgido como resultado de guerras civiles o levantamientos en los que las principales potencias occidentales han participado. Creo que si pensamos de acá a cincuenta años, es posible que enfrentemos una

situación en la que las potencias occidentales hayan adoptado una posición más neutral para reducir el riesgo del terrorismo contra sus poblaciones y para permitir que las guerras civiles y los levantamientos sigan su propio curso.

Creo que Occidente es extraordinariamente optimista acerca de su capacidad para lidiar con sociedades de las que sabe muy poco, cuyas profundas diferencias culturales no termina de entender, y por eso piensa que, de alguna manera u otra, por medio de iniciativas políticas o militares, logrará configurar una sociedad que sea aceptable para los valores occidentales. Pero mientras existan estas ambiciones, vamos a tener el problema del terrorismo internacional.

Además, creo que la respuesta occidental contra el Estado Islámico es muy interesante, porque no ha sido: “Ataquémoslo con varias divisiones armadas, eliminemos al Estado Islámico de la faz de la tierra”, algo que una coalición de países podría haber hecho muy fácilmente. En cambio, se tomó en cuenta la opinión pública, se consideraron los límites de lo que era posible hacer y, tal vez, se terminó por aceptar que en una época posimperialista no se puede forzar a Oriente Medio a adaptarse a un modelo que encaje con los valores occidentales.